



GOBIERNO DE CHILE
MINISTERIO DEL INTERIOR

O´HIGGINS: GENERAL Y ESTADISTA
IV Jornadas de Historia Militar

EDMUNDO PÉREZ YOMA
MINISTRO DEL INTERIOR

18 DE JUNIO DE 2008

Durante buena parte de nuestra historia, la escena política estuvo fragmentada en bandos asociados a uno u otro de los Padres Fundadores de la República y, básicamente, en torno a José Miguel Carrera y Bernardo O´Higgins. A veces, estas visiones parciales vuelven a emerger entre nosotros como expresiones críticas o como elogios sesgados hacia alguno de ellos. No es que se trate de figuras que no puedan ser objeto de crítica o de elogios, pero a punto ya de que Chile celebre su bicentenario la recreación de la mirada sobre nuestros Padres Fundadores exige evitar repetir las distorsiones o promover los estereotipos generados por aquella primera ruptura política entre nosotros, los chilenos.

Más allá de la crítica y del halago, el brío del liderazgo de Carrera fue el propulsor y el catalizador de una conciencia de nacionalidad aún bastante tímida y superficial en los primeros años de la Patria Vieja. Más allá de la efectividad militar real de las escaramuzas guerrilleras de Manuel Rodríguez, la importancia de su papel durante la “guerra de zapa” fue demostrar que, pese a la abrumadora desventaja criolla durante la Reconquista, el ejército español era desafiante. En fin, más allá de la maledicencia o del elogio, las virtudes políticas de O´Higgins permitieron que Chile contara tempranamente con las bases institucionales de un Estado eficaz y evitara los efectos de las prolongadas guerras civiles que plagaron la vida social de otros nacientes países americanos.

La iniciativa de centrar la Cuarta versión de las Jornadas de Historia Militar en “O´Higgins” es una muy interesante oportunidad para proponer la recreación de nuestra mirada sobre el Libertador en una perspectiva ecuánime, de valoración del papel que jugó en su propio mérito, sin fundarla en comparaciones del mérito o demérito del aporte que otros

próceres hicieron en la emancipación y nacimiento de Chile. Por eso agradezco, en la persona del Jefe del Estado Mayor General del Ejército, y en la de mi amigo, el Director de la Academia de Historia Militar, Waldo Zaurit, la invitación a participar en estas Jornadas de las que surgirán, sin duda, nuevas lecturas de la vida de un hombre que fue lo suficientemente rica e inspiradora como para dejarse interpretar con inagotables matices en cada generación de chilenos.

Lo que yo quiero proponer aquí podría resumirse en las siguientes tres ideas: primero, que O'Higgins, sin ser militar, combatió; segundo, que O'Higgins, sin ser un "revolucionario independentista" conquistó la definitiva Independencia de Chile y, tercero, que O'Higgins, sin ser un estadista, se convirtió en el precursor del estado chileno al asentar sus bases y, por qué no decirlo, establecer su *ethos*.

Me doy perfecta cuenta de que estas ideas están contenidas en el programa de esta Cuarta versión de las Jornadas de Historia Militar, que cubre una amplia gama de facetas de la figura de O'Higgins. No pretendo abordarlas con la sabiduría ni la profundidad con que los autores de las diversas ponencias sin duda lo harán, sino que sólo deseo presentarlas bajo mi personal perspectiva.

La iconografía chilena nos muestra casi invariablemente un O'Higgins con uniforme militar y, sin embargo, no fue un estratega. No tuvo un conocimiento militar académico y tampoco temprano. Por el contrario, sus virtudes militares las adquirió en el campo de batalla y siendo un hombre ya maduro para las expectativas de vida de su época. Digo "virtudes militares" con plena conciencia del significado de ambas palabras. En el plano del combate, O'Higgins tuvo éxitos y fracasos, pero

no se puede desconocer que tuvo arrojo. Añadiría algo más: tuvo mando. No me refiero al mando asociado al concepto de rango o jerarquía militar, sino al ascendiente sobre los hombres, a la capacidad de mandar y ser obedecido o, incluso más, seguido, en condiciones de extremo esfuerzo y extrema tensión. Sin carrera profesional previa, O'Higgins accede al empleo de Coronel tras vencer en Linares a las tropas del realista Melchor Carvajal, parte de la primera fuerza española de reconquista arribada a Chile en 1813 a las órdenes del Brigadier Pareja. Triunfa en varios combates, pierde en otros. Gana en Quechereguas, debe retirarse en el sitio a Chillán. Ganará el grado de general en el campo de batalla. Pero quiero destacar dos momentos de la temprana vida militar de O'Higgins, cuando su ascendiente o su capacidad de mando depende de sus acciones en el combate más que del prestigio o la fama ganada.

Uno es el momento de la derrota en la batalla de El Roble, el 17 de octubre de 1813, abandonado ya el campo por Carrera y atacado O'Higgins por soldados realistas. Es en medio de la confusión del desastre que O'Higgins emerge, que surge el hombre con ascendiente y mando. La conocida frase con que carga al enemigo es una expresión de ello: "*¡A mí, muchachos! ¡O vivir con honor o morir con gloria! ¡El que sea valiente que me siga!*". ¿De dónde nace este ascendiente, la capacidad de mando involucrada? Habrá explicaciones derivadas del carácter legado por su padre, don Ambrosio; habrá argumentos fundados en la personalidad formada en la distancia y las diferencias con la figura paterna, o en las condiciones de su educación en la atmósfera de Cádiz o de Richmond. Pero es siempre claro, cualquiera sea la explicación, que la fuente del mando y ascendiente de O'Higgins no emana de las circunstancias de un episodio militar particular en la lucha por la emancipación.

Veamos el segundo momento: el desastre de Rancagua. Una segunda fuerza expedicionaria de reconquista, al mando de Mariano Osorio, ha llegado a Chile. Los acontecimientos se precipitan. Las divisiones patriotas comandadas, la 1ª, por O'Higgins y, la 2ª, por Juan José Carrera, se encuentran desplegadas al sur del río Cachapoal a la espera del ejército español. Sin embargo, el avance de las fuerzas realistas los hace perder contacto. O'Higgins decide, entonces, refugiarse en Rancagua. El 25 de septiembre de 1814, fortifica todos los accesos de su plaza y, el 1 de octubre, Osorio se presenta frente a la ciudad con una fuerza que dobla las fuerzas de O'Higgins en hombres y artillería. Las tropas de Osorio cargan para tomar la plaza, y fracasan. Entonces hace intervenir a su artillería, pero O'Higgins y sus hombres resisten. La noche detiene el combate. El 2 de octubre la batalla se reanuda. Los patriotas resisten una embestida tras otra, seis en total desde el inicio del combate. Sin embargo, están casi diezmados. Y de nuevo en una situación extrema, en medio del desastre, emerge O'Higgins. En ese último intento sus palabras no reflejan sólo valor, sino ascendiente, es decir, la difusión de confianza en su decisión de actuar, la transmisión de seguridad en quienes lo rodean para seguir su decisión: *“¡Monte a caballo el que pueda! ¡Nos abriremos paso a través del enemigo!”*. Esto es mando, no circunstancia. Si hubiese sido circunstancia o sobrevivencia, cualquier hombre de arrojo, y está probado que ese día los hubo entre los patriotas que combatieron en Rancagua, pudo haber hecho lo mismo.

Son dos momentos entre otros varios, pero cuando la evidencia se repite, quiere decir que la causa de un fenómeno no está en las circunstancias.

Vayamos, entonces, al concepto de las “virtudes” de O’Higgins, que no son ya sólo militares –ascendencia, mando-, sino que de otra naturaleza, aunque complementarias. Virtudes del tipo de las que San Martín vio en O’Higgins, una vez en Argentina tras la batalla de Rancagua, durante el período de construcción de la fuerza y de resolución del plan para conducirla por Los Andes y lanzarla al combate contra el ejército español en Chile. ¿Qué virtudes? Veamos lo que dice un historiador no precisamente o’higginista: En Mendoza, San Martín, quien tenía una “admirable intuición de los hombres” –son palabras de Encina- “le dispensó [a O’Higgins] desde el primer momento una estimación y una confianza que iban a durar lo que la vida”. Y agrega Encina: San Martín, ante la necesidad de ausentarse de Mendoza, “Le confió [a O’Higgins] por dos veces el mando interino del ejercito en el campamento, donde [O’Higgins] sólo necesitaba proseguir lo ya dispuesto [por San Martín], y lo nombró jefe de la comisión militar encargada de administrar justicia”. Recordemos que la situación en el campamento, y en Mendoza, era de un encono no disimulado entre los bandos chilenos –carreristas y o’higginistas- y que la comisión militar encargada de administrar justicia tenía exactamente ese propósito: administrar justicia en un campamento, y una ciudad, sacudida por los reproches entre chilenos. En esa atmósfera, no era fácil la tarea de “proseguir lo ya dispuesto” por San Martín y, menos, ejercer la jefatura de una comisión militar que, manejada con imprudencia, hubiera podido acrecentar el rencor entre los bandos chilenos en un momento en que se jugaba el nacimiento del Ejército Libertador de Los Andes y el destino de la estrategia de guerra. Es cierto que el gran artífice de ambos esfuerzos fue San Martín, ¿pero qué vio San Martín en O’Higgins para dispensarle inmediata estimación y confianza? ¿Qué vio para, confiando en él, dejarlo en su lugar y hacerlo responsable de la administración de justicia? Encina sugiere una respuesta: vio a un

hombre sin ambiciones personales, sin arrestos de caudillo, con apego al sentimiento de independencia americana y tenaz en sus decisiones o inspiraciones.

¿Qué puedo agregar a estos argumentos del historiador? Tal vez que hoy hablaríamos en términos de humildad personal y entrega a la causa colectiva, de firmeza pero también de prudencia. ¿Habrán sido, acaso, estas virtudes un efecto de las circunstancias? La refutación de cualquier argumento en este sentido vendrá al concluir la batalla de Maipú, el 5 de abril de 1818. Un O'Higgins convaleciente de la herida que recibiera en la sorpresa de Cancha Rayada había salido de Santiago en la mañana de ese día 5 hacia Maipú. Llega al campo de batalla con unos mil milicianos y alcanza a participar en el desenlace final del combate. Depuestas las armas españolas, O'Higgins se abraza con San Martín y admite su propia humildad: “*¡Gloria al salvador de Chile!*” es lo que dice.

Alguien podría señalar que O'Higgins se ajusta a las circunstancias del más aplastante realismo: llegó tarde a la batalla, no tuvo un papel decisivo en su decantación, ¿qué otra cosa podía hacer? Bueno, por de pronto, guardar silencio. Pero emite esas precisas palabras que pueden, incluso, arriesgar su propia posición política en la cúspide el incipiente estado chileno. De hecho, el precedente existía. Después de la victoria de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817, las autoridades chilenas le habían ofrecido precisamente a San Martín la dirección del país, ofrecimiento que el general argentino rechazó, derivándose así en la proclamación de O'Higgins como Director Supremo e iniciándose la Patria Nueva.

No son, entonces, las circunstancias del realismo las que inspiraron a O'Higgins en el momento de la victoria en Maipú, un año después de

Chacabuco. Hay algo en O'Higgins completamente distinto, algo de su propio y personal mérito. Es un rasgo encarnado en su ser que, a mi juicio, será capaz de legar a la organización política de Chile como un *ethos* singular cuando, cinco años más tarde, en 1823, abdique de sus poderes y se retire al exilio.

El O'Higgins que abdica en 1823, se había iniciado como político en 1804, apenas dos años después de arribar a Chile como un virtual desconocido, al ser nombrado alcalde de Chillán. No abundaré en los aspectos de su vida política como diputado del primer Congreso Nacional de Chile, sino para decir que fue parte del grupo que más radicalmente apoyó la causa de la independencia, no obstante que nunca suscribió convicciones ideológicas muy radicales, aparte de ésta.

En la visión política que O'Higgins desarrolla en el curso de catorce años, desde 1804, y con la que llega a hacerse cargo del gobierno de la República en 1818, había tres aspectos fundantes:

- Primero, consolidar la independencia de Chile por medio de la ayuda estratégica en la liberación del Perú.
- Segundo, generar un territorio con continuidad y plenamente soberano, y
- Establecer un Estado que pudiera sostenerse en el tiempo, es decir, lo que en el lenguaje de nuestros días podría denominarse “gobernabilidad”.

Es cierto que su gobierno fue de corte autoritario, pero en 1818 era improbable la opción de generar un gobierno distinto donde, hasta hacía tan poco, las instituciones habían funcionado de acuerdo a una autoridad

real. En cierto sentido, su opción política fue transfigurar la institución del Monarca en la del Director Supremo o Primer Mandatario de la República.

Su énfasis estuvo en ilustrar a todos cuantos pudiera en las humanidades, las ciencias y las técnicas. Para que la educación laica y progresiva se ampliara más allá de la élite pseudo-aristocrática reabrió el Instituto y la Biblioteca Nacional. Para que todos pudieran abastecerse de alimentos sin recurrir a suplicar ante los hacendados y terratenientes, creó un Mercado Central. Para dar tranquilidad al alma de aquellos que no podían hallarla en los cementerios parroquiales, por discriminaciones de toda índole, creó un Cementerio General.

Su programa fue llenándole el camino de la animadversión de los clanes nucleares de Santiago y Concepción que lo veían como un advenedizo sin apoyo político, que atentaba contra los privilegios nobiliarios heredados del Antiguo Régimen ya derrotado. Pese a sus intenciones, su aspiración a la igualdad y al ascenso a través del mérito, algo que seguramente aprendió en su período de formación en Inglaterra y que luego consolidó en el campo de batalla, le acarreó finalmente el desprecio y el abandono de la fronda, que tan bien ha caracterizado Alberto Edwards.

Buscó darle horizonte estratégico al país al conformar la Escuadra nacional que libertó al Perú, así como mantener con los mayores esfuerzos posibles las academias militar y naval, para formar los mandos de las fuerzas terrestres y navales, con profesionales dedicados a la defensa de la naciente nación, alejados lo más posible de los caudillismos. En esto tuvo un mérito notable, ayudando de esta manera a evitar que la anarquía, extendida durante la primera mitad del siglo XIX

por casi toda la América hispánica, se apoderase de Chile. El gesto de la abdicación fue su rúbrica personal al ejercicio de una convicción que se aplico a sí mismo.

Quiero terminar con las mismas palabras iniciales: O'Higgins, sin ser militar, combatió. Sin ser un "revolucionario independendista", conquistó la Independencia para Chile. Sin ser un estadista, se convirtió en el precursor del estado chileno y asentó su *ethos*. Pero es exactamente por estas razones que O'Higgins debe ser reconocido, en justicia, como el General en que llegó a convertirse y como el estadista que llegó a ser.

Muchas gracias